

PRÁCTICA Y ESCRITURA

Enrique Tenenbaum, mayo de 2012
para *laPsus calami* N° 3.

Just the place for a Snark! I have said it thrice:
What I tell you three times is true.

Cuenta la leyenda que Charles Dodgson, conocido por su seudónimo literario Lewis Carroll, se encontró pronunciando la frase “porque el Snark, como ven, era un Boojum” y todo el *Poema agónico en ocho espasmos* fue construido a partir de dicha frase, más precisamente: para llegar a dicha frase.

En el primer espasmo, *El Desembarco*, es el capitán quien pronuncia las palabras que he colocado como epígrafe, y que suelen traducirse como “Justo el lugar para un Snark!. Lo he dicho tres veces. Y lo que digo tres veces es verdad”. Traducción tan justa como inexacta, puesto que “thrice” no es lo mismo que “three times” salvo en la significación; sería más justo, creo, establecer que “thrice” nombra lo triple, el triplete con el que esas “tres veces” calzan. El triplete hace calce y en ello –un lugar para el Snark, calzado por el triplete, como el objeto *a* por el triskel- el capitán funda una verdad.

Así como con el calce, todo el poema *La caza del Snark*¹ abunda en tópicos familiares para nuestra práctica, como la producción de palabras valija –de las cuales la primera es justamente Snark, probable colusión entre tiburón (shark) y serpiente (snake)²-, el continuo discurrir del paso de sentido, la construcción de una realidad a partir de un objeto inexistente –el Snark- definido por sus

¹ *The hunting of the Snark*. Lewis Carroll. 1864. Los traductores que intentaron una traducción para el nombre de esa criatura inexistente encerrada en una *palabra valija* han errado de manera sistemática.

² Aunque Martin Gardiner, en *The Annotated Snark* sugiere varias otras combinaciones posibles de términos.

atributos, la orientación para navegar sostenida de un mapa enmarcado por las coordenadas convencionales pero que está completamente en blanco y, en fin, un final en el que un sonido rompe el silencio en el que estaban sumergidos los cazadores, un “...jum” del que se dice tanto que es un suspiro cansado y errante, como el sonido de la brisa, o la voz que confirma la temida expectativa: que el Snark hallado sea... un Boojum.

Dice el poema, “¡cuídate ese día, si tu Snark es un Boojum! Porque entonces ese día, suave y repentinamente, desaparecerás”. Efectivamente, tras la escucha de aquel “...jum” desaparece el panadero, aquel que no recordaba su nombre propio y que encuentra, no en el objeto Boojum sino en la audición de ese nombre, su suave y repentina desaparición.

Lacan, en un homenaje a Lewis Carroll³, hace hincapié en que su obra no ha de entenderse a partir de la biografía de Charles Dodgson, ni de su afición a las impúberes, ni de su habilidad como profesor de matemáticas, ni de su fundamentalismo religioso revestido de ingenuidad moral. Sí, en cambio, afirma que de la obra de Carroll es “el psicoanálisis el que mejor puede dar cuenta del efecto”, y lo es por cuanto se tratará más bien de bucear en cuestiones de estructura antes que en la historia vivida. O en todo caso en el “conjuro de las posiciones que hacen a su división subjetiva”. Y también en una “épica de la era científica”, ya que Alicia se publica en el tiempo del *Origen de las Especies*, resultando –según Lacan– su estricta oposición ideológica manifiesta en un registro épico.

El mismo Dodgson ordena estos términos –la historia, la matemática, la moral, la evolución de las especies– en el *Prefacio* del poema: “... no apelaré indignado (como podría hacer) a mis otros escritos para demostrar que soy incapaz de algo semejante; no aludiré (como podría hacer) al fuerte propósito moral de este poema, ni a los principios aritméticos tan precavidamente inculcados en él, ni a sus nobles enseñanzas de historia natural. Prefiero adoptar el procedimiento más prosaico de explicar simplemente cómo ocurrió todo”.

Ahora bien, el *cómo ocurrió todo* requiere de un *quien* para esa escritura, para esa posición enunciativa. ¿Acaso diremos que la enunciación es la del agónico panadero que encuentra su muerte al escuchar “Boo...jum”? Si, como afirmara Lacan, el juego de palabras en Carroll es siempre sin equívocos, habremos de preguntarnos qué teoría del sujeto es la que dice encontrar en la obra de Carroll, de la que, además, asegura que concierne a todos nosotros.

³ 31/12/1966, cito la versión bilingüe de l’Ecole Lacanienne de Psychanalyse.

Hago mía esta pregunta bajo la forma siguiente: ¿De qué práctica procede la escritura del *Snark*, sino de una práctica del lenguaje? Y, en consecuencia, ¿en qué la escritura de Dodgson – Carroll se emparenta con las escrituras de los psicoanalistas? Hemos enumerado brevemente algunas notas consonantes, como el trabajo con el lenguaje y por el lenguaje, la producción del paso de sentido a partir de la colusión de significantes, la problemática de la orientación, la particularidad del objeto en su función de causa, la desaparición afanística del sujeto. Podríamos agregar que con la escritura Carroll alcanza también eso que Lacan ha llamado puntas –claro que no sensibles- de real, trozos –claro que no integrables- de real.

En el final de su alocución dice Lacan que “esta obra es un lugar elegido para demostrar la verdadera naturaleza de la sublimación en la obra de arte. La recuperación de cierto objeto...”. ¿Podríamos servirnos de esta apelación a la sublimación para situar el punto de disyunción entre las escrituras mencionadas, la del artista y la del analista? Es que si bien la obra de arte permite abordar algo del orden de la sublimación, Lacan concluye con que “la teoría debe al final pasar la mano a la práctica”.

Es de nuestra práctica que proceden las escrituras que podamos hacer pasar, una práctica que siendo del lenguaje involucra a un cuerpo y a un modo de gozar que es –para el neurótico- su síntoma. ¿No convendría entonces precisar que se trata de *lalengua* y no sólo del lenguaje? Puesto que es esa *lalengua*, definida alguna vez por Lacan como integral de los equívocos, la que prima en el juego de palabras en transferencia, haciendo alojar ese objeto que no se dejará alcanzar ni calzar por las coordenadas simbólico imaginarias sino que fuerza la consideración como tal de lo real de la experiencia del análisis.

Implicados como estamos por el goce del síntoma en la transferencia, no será vano preguntarnos por nuestras escrituras, si entendemos que en alguna medida proceden de una exigencia de trabajo que los restos de los análisis, que conducimos o hemos conducido, promueven. Es que si bien nuestras escrituras podrían remedar la actividad sublimatoria del artista, en cuanto a la satisfacción pulsional coartada en su fin sexual y sin represión, ¿por qué no preguntarnos si podría despejarse este sesgo sublimatorio -¿inherente a toda escritura?- del trabajo de hacer pasar el psicoanálisis, una práctica que se desarrolla en abstinencia?

QUIEN ESCRIBE HOY?

Después de todo, no se puede afirmar que la golondrina no lea la tempestad, pero tampoco es seguro.

J. Lacan.

Así como Carroll no es Dodgson, es decir: el autor no es ni el fotógrafo de impúberes, ni el profesor de matemáticas ni el contrincante ideológico de la selección natural, nuestra pregunta es quién escribe cuando se escribe sobre psicoanálisis. No sin tener presente “el conjuro de las posiciones que hacen a la división subjetiva”, me situaré en el sesgo por el que la pregunta arrastra en sus términos el *quién* de “quién analiza hoy”, el *quién* respecto de la dirección, ya no de la cura sino de una cura.

Tomaré entonces el aspecto más específico que atañe al relato que versa sobre un análisis, aunque entiendo que todo escrito que se quiera psicoanalítico toma arraigo en lo proveniente de –al menos- una cura.

Para comenzar desmalezando el terreno en el que el planteo de esta pregunta podría producir algún fruto, sitúo dos coordenadas. La primera corresponde al *Apéndice* de 1922 al texto de Freud sobre el análisis de Hans. Transcribo un párrafo extenso que concierne a la visita de Hans – Herbert a Freud, teniendo aquel 19 años.

“Una comunicación del pequeño Hans me resultó particularmente curiosa. Por lo demás, no me atrevo a darle una explicación. Cuando leyó su historial clínico -refirió él-, todo se le antojó ajeno, no se reconoció, no pudo acordarse de nada, y sólo cuando se topó con el viaje a Gmunden vislumbró algo así como una chispa de recuerdo de que podría haberse tratado de él mismo. Así, el análisis no había preservado de la amnesia el episodio, sino que él mismo había caído bajo ella. Algo parecido le pasa muchas veces en el dormir al familiarizado con el psicoanálisis. Despierta de un sueño, se resuelve a analizarlo sin dilación, torna a dormirse, satisfecho con el resultado de su empeño, y a la mañana siguiente ha olvidado sueño y análisis”.

Subrayo que Freud afirma no atreverse a dar una explicación pero culmina ofreciéndola. Me refiero a que sitúa la amnesia de Herbert, su ajenidad con Hans-el-paciente, en una analogía con el resultado de un sueño analizado por un analizante, un “familiarizado con el psicoanálisis”. Olvidados sueño y

análisis, ¿qué queda de lo analizado? En otros términos, ¿qué podría hacer pasar de lo que ha sido su análisis aquel que ha caído bajo la amnesia de lo analizado en ese, “su” análisis?

Sin pretender ninguna generalidad, y por cierto sin confundir el “autoanálisis” del “familiarizado” con los efectos de un análisis llevado a su fin, me interesa retomar esta suerte de tensión que Freud transmite entre los efectos de un análisis –aun con lo controvertido que pueda resultar llamar análisis a la experiencia de Hans, pero Freud así la nombra⁴-, digo: la tensión entre los efectos de un análisis en el analizado y la escritura de ese análisis hecha por quien fuera el analista.

La segunda coordenada es del *Seminario XX* de Lacan, de una clase en la que parece proseguir esta pregunta casi paso a paso. En ocasión de abordar la función de lo escrito en el discurso psicoanalítico, un escrito que, afirma, no es de la misma calaña que el significante, sostiene que “en el discurso analítico ustedes suponen que el sujeto del inconsciente sabe leer. Y no es otra cosa, todo ese asunto del inconsciente. No sólo suponen que sabe leer, suponen también que puede aprender a leer. Pero sucede que lo que le enseñan a leer no tiene entonces absolutamente nada que ver, y en ningún caso, con lo que ustedes de ello pueden escribir”⁵.

Si tomamos seriamente esta afirmación, y no hay razones para no hacerlo, ese “nada que ver” alude a la función de lo escrito respecto de la no relación sexual, tal como lo tematiza en esa clase del seminario. En esta perspectiva la no relación atañe a la escritura del psicoanalista -supuesto en el “ustedes”- respecto de lo que el analizante ha aprendido a leer en su análisis. Entiendo que en esta línea podría situarse la ajenidad de la que Herbert testimonia cuando no se reconoce en Hans sino apenas en aquellos destellos que se refieren a los nombres, a los lugares, mas no a las significaciones analizadas y vertidas en el escrito por Freud.

Inquietante extrañeza, quizás no tanto la de Herbert sino la que se seguiría de llevar esta tensión hasta un extremo, y de la política que de eso podría desprenderse.

Una primera consecuencia, de la que nuestra práctica da testimonio, es que no sería posible ningún acuerdo entre las partes, como se diría en lenguaje

⁴ Análisis de la fobia de un niño de cinco años.

⁵ En la clase del 9/1/1973, intitulada *La función de lo escrito*.

jurídico, ningún acuerdo entre las conciencias de los practicantes⁶ en la experiencia, los llamados analizante y analista, pero ¿respecto de qué? ¿de lo que ha sido analizado o de lo que no ha sido analizado? Y aun más, ¿qué lectura se autorizaría a discriminar que se trata de una cosa o de la otra?

Porque si de aquello que el analizante ha “aprendido a leer” el analista no podría escribir sino lo que “no tiene absolutamente nada que ver”, esa vía es vía muerta, y Lacan lo advirtió tempranamente, proponiendo una lógica y un dispositivo para hacer pasar aquello de lo que, si alguien podría dar testimonio, no lo será quien hiciera las veces de analista en ese análisis. Ese hacer pasar “lo leído” será –en el mejor de los casos- tarea de quien lo haga habiendo sido analizante. Respecto de los resultados de dicho empeño no es mi propósito avanzar en este escrito.

¿Resta para el analista, entonces, hacer pasar lo no analizado? Si así lo entendemos nos topamos con otra dificultad, que concierne a la controvertida cuestión de si hay analista en otra instancia que en la cura, abriéndose un interrogante respecto del alcance del término “analista” en lo que Lacan anuncia como *analista de la escuela*, en el sentido de “devenir analista de su experiencia misma⁷”.

Entiendo que hay una crucial diferencia entre el proceder de Lacan y lo que ha escrito Freud. Es que Lacan no habló ni escribió acerca de los análisis que conducía, salvo por retazos y, en cambio, se ha dedicado en varios seminarios a leer, debatir, y disentir con sus colegas de entonces, produciendo sus escrituras a partir, precisamente, de lo que los testimonios de esos analistas hicieron pasar de lo analizado y de lo no analizado. Por el contrario la vía freudiana, y no podría haber sido otra siendo el inventor del método, fue aquella de hacer avanzar los pasos teóricos a partir de las dificultades de los análisis por él conducidos. De ahí que, aunque haya otros, los historiales que nos conciernen, hasta prueba en lo contrario, son los freudianos.

Si seguimos al Lacan del *Seminario XX* que afirmaba que hablaba como analizante, analizante de su *no querer saber nada de eso*⁸, y al de *Radiofonía*⁹ que decía que hablaba a analistas supuestos, encontramos una subversión de estos términos, ya que el estatuto de la transferencia queda en suspenso cuando lo

⁶ Un acuerdo con el que sueñan las terapias adoradoras del DSM.

⁷ En la *Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la escuela*.

⁸ En la clase del 21/11/1972.

⁹ En *Radiofonía y Televisión*, primera parte, la respuesta a la pregunta VII.

supuesto no es el sujeto-supuesto-saber sino el analista, y cuando quien habla se ubica como siendo analizante –y no como habiendo sido analizante.

Esta brecha, aun sin predecir a dónde nos conduce, abre al menos un par de preguntas acerca de lo que se dan en llamar las presentaciones clínicas. Presentaciones que son – a las evidencias me remito- necesarias para la transmisión, y que hacen a la formación de analistas. Justamente por eso es que también respecto de ellas volvemos a preguntarnos sobre la cuestión de la abstinencia.

Entiendo que cuando Lacan se refería a que hablaba como analizante, pero dirigiéndose a analistas supuestos, interrogaba no sólo el estatuto de la transferencia en la transmisión sino también el estatuto de *quién habla* en ese hablar, puesto que –afectado como cualquiera por tener un cuerpo y por habitar la lengua- no va de suyo que no hubiera impasse –como afirma tajantemente- entre “su posición de analista” y lo que hacía en su seminario¹⁰.

Me pregunto, como para hacer hablar a ese no-impasse, qué mueve, qué causa que al hablar de psicoanálisis, al intentar transmitir el psicoanálisis, surjan invariablemente referencias a la práctica de cada cual. Tiendo a pensar que se trata en general de referencias a momentos de detención o de dificultad en la conducción de las curas, detenciones o dificultades que introducen una interrogación sobre el estado de la abstinencia en el analista, y que encontrarían una deriva en el pasaje a lo público, sea en el hablar o el escribir.

Si es en tanto que analizantes –cuerpo y la lengua- que nos situamos respecto de la práctica y de su transmisión, ¿acaso no estamos implicados en esos y por esos análisis, en y por los restos de lo analizado y de lo no analizado, concernidos en los avatares de la transferencia? Desde esta perspectiva, ¿aun tendría sentido intentar despejar sublimación de abstinencia en los escritos, aun los más formalizados, como nos preguntábamos más arriba?

Es que la tensión de la que daba fe Freud y la no relación de la que advertía Lacan se encuentran, parafraseando una precisión respecto de pulsión e inconsciente¹¹, en una suerte de comunidad topológica: se tratará de estar advertidos de la imposibilidad de un acuerdo entre conciencias, de la imposibilidad de una relación entre lecturas, y de la imposibilidad de una transmisión sin resto de lo que se llama la clínica psicoanalítica, habida cuenta

¹⁰ En la clase del 21/11/1972.

¹¹ En la clase del 13/5/1964: ...es a causa de la comunidad topológica de las hiancias en juego, que la pulsión halla su papel en el funcionamiento del inconsciente

que lo que aprietan esas imposibilidades, en lo que calzan, es aquello irreductible que Dodgson llamara Snark, y que con Lacan llamamos α .